



No todo vale

Jordi Gual

Profesor de IESE

Criptocrisis: el epílogo



La condena en firme de Sam Bankman-Fried, conocido como SBF, es el colofón de la criptocrisis, a la que dediqué dos columnas del *No todo vale* el año pasado cuando se hundían las cotizaciones del bitcoin y otros criptoactivos. Veremos si esta es la última. SBF fue uno de los más respetables gurús del sector y el creador de FTX, una de sus principales empresas, que acabó quebrando. En menos de un año, Bankman-Fried ha pasado de paradigma de criptoemprendedor a ser condenado por fraude y blanqueo de dinero por un tribunal federal de Manhattan. Es irónico que uno de los principales líderes del sector cripto sea un estafador convicto. Después de todo, la intención de los creadores de las criptomonedas era construir un sistema de transacciones comerciales que pudiera operar sin basarse en la confianza. Es decir, sin tener que fiarse de las personas con las que uno está comerciando, ni tampoco de ninguna institución, pública o privada, que garantice la transacción. Según los promotores de los criptoactivos, la tecnología permitiría la operativa descentralizada y anónima del sistema ¡sustituyendo algo tan vetusto e inseguro como la confianza!

Confianza
Si en lugar de comerciar con una persona lo hacemos con un código, estamos prescindiendo de algo muy importante: el contacto humano

La realidad, ahora ya está claro, ha quedado muy lejos de aquellos vaticinios. Junto a FTX cayeron otras muchas compañías durante el descenso vertiginoso de los mercados de criptoactivos. El más conocido, el bitcoin, llegó a un máximo de 65.000 dólares en noviembre del 2021 para caer, un año más tarde, a un mínimo de 16.000. En noviembre del 2023 ronda los 36.000 dólares, pero sus fundamentos siguen siendo igual de frágiles que hace uno o dos años. Y es que tratar de prescindir de la confianza en las relaciones económicas y comerciales es una tarea fútil y, además, contraproducente. Es fútil porque la tecnología nunca será infalible al cien por cien. La historia del propio bitcoin así lo muestra ya que el sistema ha fallado en más de una ocasión, con errores en las transacciones. Errores impersonales contra los que es muy difícil reaccionar. Por el contrario, cuando las relaciones con nuestros socios comerciales se basan en la confianza, aunque a veces nos llevemos disgustos, puesto que la persona humana es falible, al menos podemos juzgar las intenciones de nuestros socios y, si nos fallan o decepcionan, decidir si merece la pena tratar de restablecer la confianza.

Es contraproducente, puesto que, si eliminamos el factor humano de nuestras operaciones comerciales, si en lugar de comerciar con una persona lo hacemos con un código, estaremos prescindiendo de algo muy importante, del contacto humano. Son las relaciones personales las que potencian tanto el comportamiento íntegro de las personas como la empatía, cualidades clave para favorecer la cooperación económica y la operativa comercial.

Si la confianza no es necesaria en el mundo de las criptomonedas, no es sorprendente que ese mundo atraiga precisamente personas en las que uno no puede confiar. |